

De los cuentos de Juan José Arreola, uno que con el tiempo se ha vuelto emblemático para mí es el titulado “Corrido”. La razón es que en él se ilustra con nitidez cada uno de los elementos que integran la arquitectura del cuento. El magisterio de Arreola comienza con esta lección, la cuestión estilística es algo que ocurrirá *al posteriori*.

Otro aspecto que me lo ha hecho atractivo es su carácter plenamente cinematográfico. De la obra de Rufo, es sabido, se han realizado, con mayor o menor fortuna, algunas adaptaciones, pero en el caso de Arreola, acaso por su aura refinada y erudita, cualquier asociación con el cine era impensable, pero si nos fijamos bien la construcción fragmentaria de *La feria* está muy cercana a la forma de filmar de Robert Aitman.

La extensión de “Corrido” lo hace más propicio para filmar un corto. Los primeros párrafos nos presentan el lugar donde se desarrollará la acción y uno de los motivos que permitirán la concatenación de los hechos: la Plazuela de Ameca y el hidrante en el que los pobladores se abastecen de agua.

* Periodista, miembro de la redacción de *El Semanario Cultural de Novedades*.

En los siguientes párrafos, los centrales, se nos presenta el conflicto. Leamos el primero de ellos donde los cortes de edición están marcados al precisarse algunos detalles de la Plazuela:

La que primero llegó fue la muchacha con su cántaro rojo, por la ancha calle que se parte en dos. Los rivales caminaban frente a ella, por las calles de los lados, sin saber que se darían un topo en el testarazo. Ellos y la muchacha parecía que iban de acuerdo con el destino, cada uno por su calle.

Al prescindir del diálogo, la acción en “Corrido” se sostiene a base de los gestos de los personajes (el *Indio* Fernández hubiera estado a sus anchas firmándolo) y los sonidos ambientales; la música de fondo estorbaría. Los siguientes párrafos, que introducen el clímax, ponen de manifiesto la maestría narrativa de Arreola:

El chorro de agua, al mismo tiempo que el cántaro, los estaba llenando de ganas de pelear. Era lo único que estorbaba aquel silencio tan entero. La muchacha cerró la llave dándose cuenta cuando ya el agua se derramaba. Se echó el cántaro al hombro casi corriendo con susto.

Los que la quisieron estaban en el último suspenso, como los gallos todavía sin soltar, embebidos uno y otro en los puntos negros de sus ojos. Al subir la banqueta del otro lado, la muchacha dio un mal paso y el cántaro y el agua se hicieron trizas en el suelo.

Esa fue la merita señal...

El desenlace no pierde su importancia, pero para ilustrar lo que de cinematográfica tiene la escritura de Arreola lo anterior, creo, es suficiente.

Otro aspecto de la obra de Arreola que me ha interesado, más por razones personales que críticas, cae en el ámbito amoroso. Elías Canetti y Gilles Deleuze y Felix Guattari al estudiar las cartas de Kafka y Proust han hecho notar la manera en que ambos buscaban los pretextos para postergar el encuentro con sus amantes.

No existe aquí una imposibilidad externa sino un renunciamiento voluntario. Dos textos cortos de Arreola se acercan a esta situación. En “Gravitación”, una de las que llamaríamos sus prosas poéticas, el protagonista no puede evitar estar cerca de la amada, pero al mismo tiempo sabe que nunca sucumbirá a su influjo. Leemos en el párrafo inicial, cuyo *incipit*, como debe ser, define todo el texto: “Los abismos atraen. Yo vivo a la orilla de tu alma. Inclinado hacia ti, sondeo tus pensamientos, indago el germen de tus actos. Vagos deseos se remueven en el fondo, confusos y ondulantes en su lecho de reptiles.” Sí, los abismos atraen pero algunos tienen la fuerza de voluntad para mantener una distancia ante él. Culmina el texto: “Yo sigo a la orilla, ensimismado. Muchos seres se despeñan a lo lejos. Sus restos yacen borrosos, disueltos en la satisfacción. Atraído por el abismo, vivo la melancólica certeza de que no voy a caer nunca.”

En “El encuentro”, ya no es solamente para uno el rotode evitar el contacto sino para ambos miembros de la pareja. La cuestión es que si el encuentro se logra, la relación fracasa. Nuevamente los párrafos extremos nos dan toda la solución:

Dos puntos que se atraen, no tienen por qué elegir forzosamente la recta. Claro que es el procedimiento más corto. Pero hay quienes prefieren el infinito.(...)

De vez en cuando, una pareja se aparta de esta regla invariable. Su propósito es francamente lineal, y no carece de rectitud. Misteriosamente, optan por el laberinto. No pueden vivir separados. Esta es su única certeza, y van a perderla buscándose. Cuando uno de ellos comete un error y provoca el encuentro, el otro finge no darse cuenta y pasa a saludar.